

Un carnaval luminoso y otros poemas

Las orillas del canto

TEOBALDO A. NORIEGA

Lleonard Muntaner/Palma de Mallorca, 2012, 84 pp.

QUISIERA EMPEZAR por el que es, sin duda, el mejor poema del libro *Las orillas del canto*, de Teobaldo A. Noriega, poeta y académico nacido en la costa Caribe colombiana. El poema se titula “Entierro de Joselito” y es el último de la cuarta parte del libro, llamada “Carnavaladas”. A partir de la descripción de la muerte de Joselito Carnaval, personaje central en la tradición caribeña de Colombia y especialmente en las celebraciones del Carnaval de Barranquilla, el poeta hace un recuento de la idiosincrasia de su tierra y las costumbres y vicios más arraigados de este país —y no solo de la costa—. El poema está estructurado en estrofas a las que responde un coro a manera de oración o letanía. Su forma, en versos rimados, se adecúa al ritmo de la música festiva, y el poema se lee como una larga canción, o como un resumen de la vida misma. Se inicia con una reflexión sobre la muerte, que todo lo iguala y a todos hermana, para proseguir con el fallecimiento puntual del personaje, y con el listado de sus circunstancias vitales. Como no podía ser de otra manera en un poema sobre el carnaval, los versos están atravesados de humor e ironía, de ese regusto jocoso de quien se burla de la muerte, como cuando se canta la causa del fallecimiento de Joselito:

Sin Ron Caña ni Ron Blanco
Centenario o Tres Esquinas
la Parca cruel y asesina
le dio un veneno de espanto:
un trago de leche fría
que le ocasionó la muerte.

Pero el poema no es solo un canto a la muerte, sino que presenta a Joselito como símbolo de una personalidad cargada de erotismo y voluntad de vivir. Si en el poema la muerte es el duelo y la ausencia, Joselito es todo lo contrario: el espíritu de un pueblo que resiste siempre a la adversidad.

Es un poema cargado de música, profundidad y humor. El reflejo de la poesía que busca iluminar las zonas oscuras del lenguaje y el hombre.

Esa cuarta parte del libro —que también es el cierre del mismo— contiene, además del poema ya citado, las piezas mejor logradas. Son tres poemas cargados de sentido, de irreverencia, de una intención carnavalesca de darle vuelta al mundo y mostrar su lado oculto, sin prejuicios ni concesiones. El primer poema, “Celebrando a don Carnal”, se sumerge en el torbellino de la fiesta popular y el arrebatillo callejero. El sexo, la música, los disfraces, son imágenes de un mundo vital que desafía a la muerte. La fiesta es el arma con la que el hombre se enfrenta a la guadaña de la Parca:

Carnaval para esta vida
y también para la otra.
Porque la sed de este trópico
en cuatro días no se apaga.

A continuación sigue el poema “Coloquio de los amantes”, una parodia en la que un fraile y una monja dialogan acerca de los placeres que obtienen el uno del otro. Son dos sonetos de corte quevediano, en los que es posible reconocer motivos como el amor que sobrevive a la muerte y la recompensa del placer ante los dolores de la vida. Estos tres poemas justifican el libro *Las orillas del canto*, y están inalcanzablemente por encima del resto.

El libro se abre con tres paisajes de Mallorca, España, donde la voz del poeta, llena de asombro, proyecta las imágenes de un mundo al cual parece que volviera después de muchos años. Son poemas descriptivos, casi pastoriles, en los cuales, a pesar de la visión aguzada que el poeta parece tener acerca de lo que ve, no hay mayor profundidad que la que podría tener una postal turística. Los versos, despojados de la musicalidad festiva de otras partes, son parcos y sincopados, arduos, sin gracia.

Hay en todo el libro un erotismo contenido que busca su expresión. El encuentro entre los amantes como luz; el deseo como fuego, llama, frenesí; el recuerdo que vuelve a traer las delicias del pasado, son temas que atraviesan, sobre todo, los primeros poemas. A partir de la observación del paisaje,

generalmente marino, las olas sirven como metáfora de las imágenes de la memoria que vuelven para recordarle al poeta esa pasión que vivió en algún momento, y que aún es posible recuperar, aunque sea por un solo instante, como en el poema “De nuevo el mar”:

Un concierto de luces
se adivina a lo lejos.
El incansable estruendo
de tu espumoso aliento
me consuela en mi asombro
y me imagino pleno
de ilusión y de gozo.
Pasión de juventud
que se fue con el viento.

Son poemas en los que el tono dominante es la nostalgia, aunque una nostalgia plácida, tranquila, la nostalgia de quien, con los años, ha sabido aceptar la pérdida.

La segunda parte del libro la componen seis poemas dedicados a obras de arte. Matisse, Van Dongen, Miró, Chagall y Botero son los escogidos. Todas las obras giran alrededor del tema de los danzantes —ese es, de hecho, el título de esta sección—, y prefiguran el contenido posterior del libro y su interés en el baile y la fiesta como forma de resistencia ante el paso del tiempo. El poeta recupera, a través de la palabra, la sensualidad que los pintores plasmaron con colores y figuras, y trata de transmitir, con versos e imágenes, el movimiento de cada uno de los cuadros.

Se atraviesa en toda la obra la preocupación constante por el paso del tiempo. A pesar de la luz de la danza y el arrebatillo del carnaval, a pesar de la belleza de los paisajes y la sexualidad envolvente de las mujeres, a pesar del recuerdo que permite revivir los momentos más exaltados de la vida del hombre, llega siempre la muerte con su inevitable final, y el poeta lo sabe, lo presente, lo teme, y lo expresa con toda su amplitud en la tercera parte del libro, titulada “Ser y tiempo”. Toda la carga de angustia que se presentía en los primeros poemas, y que era redimida por el amor y la luz del deseo, se presenta en esta serie con todo su terror y su vacío. Acá se dan cita la violencia —en el poema “Patria”—, el olvido —en “Las orillas del canto”—, la inminencia de la muerte —en “Tarde de abril”—, y el dolor como sensación

inseparable de la vida —en “Mal de siempre”—. Es una serie negra lastrada del dolor de la existencia, en la cual la muerte se presenta como el término de un viaje sufriente:

No habrá lucha
en mi entrega.
Al barquero daré
lo estipulado
para alcanzar por fin
aquella orilla
donde la luz no espera:
silenciosa llegada
al otro puerto
macabro carnaval
de camposanto.

Queda la impresión de que estas tres primeras secciones de *Las orillas del canto*, con toda su carga —aunque ligera y formalmente no del todo lograda, con versos tímidos y a veces de difícil ritmo— de erotismo, danza, presagios, muerte, paisajes, terrores, olvidos, amores y recuerdos, son el ejercicio preparatorio del cierre magistral del libro, esa cumbiamba en la que las estrofas se liberan del encorsetamiento, los versos se hacen libres y cantan; los temas, anteriormente un tanto oscuros, se iluminan, y todo lo que antes era sombra y tristeza se convierte, ahora sí, en verdadera música. Es ahí, en esos tres poemas, donde Teobaldo Noriega logra decir, como poeta, lo que le interesa, lo que el lector puede ver como misterio y como verdadera poesía. Y es el cierre grandioso de un libro que ha necesitado tomar vuelo poco a poco, con esfuerzo, hasta llegar a esa cima.

Felipe Martínez